

— Usted me permitirá, dijo Valentín con aplomo, enviarla otro mañana, para reparar mi torpeza.

— No; no quiero nada de usted.

— Entonces, dijo la condesa, acepte este mío. Y ofreció á la mujer de Federico un magnífico abanico Luis XV, pintado por Boucher y cuyo mérito artístico era inestimable.

— Guárdelo usted, amiga mía; muchas gracias, dijo la joven con alguna aspereza; reparar así las tonterías del conde sería incitarle á cometer otras nuevas.

La señora de Coutras miró á su amiga, movió melancólicamente la cabeza y dijo, repentinamente entristecida:

— Celina, no debe usted quererme mal por las culpas del conde.

La mujer de Federico sonrió, aunque sus ojos estaban llenos de lágrimas, y cogiendo la mano que la condesa le ofrecía, contestó:

— Tiene usted razón, mi querida Enriqueta; deme usted el abanico.

Aérea, profunda, misteriosa, la orquesta prelu-diaba ricas armonías. Las dos mujeres se callaron con recogimiento; Valentín, detrás de ellas, se recostó en el respaldo del sillón y se dispuso á dormir.

## IV

Hasta el día en que se le apareció la señora de Coutras, el coronel Redel había vivido solamente para su carrera. Era soldado por temperamento y no pensaba más que en el ejército ni comprendía satisfacción superior á la de mandar sus tropas frente al enemigo. Alistado como voluntario á los diez y seis años, hizo toda la campaña de Francia en el ejército del Loira y ganó los primeros galones en la batalla de Coulmiers. En la retirada de Vendome obtuvo la medalla militar; en el Mans el grado de oficial, y cuando se firmó la paz en Burdeos era subteniente y el único que había quedado vivo de todos los oficiales de su compañía. Su conducta, en todos los hechos de armas en que tomó parte, le valió tantas honrosas menciones, que la comisión de revisión de grados tuvo que respetar la charretera de aquel oficial de diez y siete años.

Desde entonces no hubo campo de batalla en el que él no estuviera. Hizo todas las campañas y su raro valor resultó acompañado de altas facultades tácticas. Siendo jefe de Estado Mayor del bizarro Negrier, en el Tonkin, salvó al ejército en Lang-Son cuando quedó fuera de combate el general. Vuelto á Francia, pidió servir en Argelia y, cansado allí de la inacción, se apresuró á aceptar una misión en el centro de África. En el tiempo en que se desarrolla la presente narración, vivía en París y aquel hombre apasionado del uniforme, con el que se le veía constantemente, vestía de paisano y hasta no desdeñaba la elegancia. Una mirada de mujer bastó para realizar aquella metamorfosis y para limar las garras del león. Iba todos los sábados á las reuniones del cenáculo, tomaba parte en las conversaciones estéticas, dibujaba en el álbum vistas del lago Tchad y escuchaba con recogimiento las conferencias de Baradán.

Pero encontraba compensaciones en las visitas de la tarde á la señora de Coutras. Allí no veía al marido, « á ese odioso veleta » con quien estaba unida la encantadora mujer que tanta autoridad había tomado sobre su pensamiento. Se encontraba á veces solo con ella; podía gozar con cierto exclusivismo del espectáculo de su gracia y de su belleza, y esto era cuanto él deseaba. En aquel espíritu leal y tierno no había jamás surgido una espe-

ranza torpe. No pensaba que Enriqueta pudiera pertenecerle ni hacía nada por agradarla. Se contentaba con admirarla, compadecerla y adorarla. No admitía que aquella criatura perfecta pudiese caer y no hubiera querido que dejase de ser honrada ni aun con él mismo. Su propia dicha hubiera sido una defección y el encanto de ser amado no hubiera compensado la desilusión de haber podido serlo.

Enterado por sus amigos de la existencia deplorable que arrastraba el conde, le despreciaba profundamente y maldecía al destino que, ciego, había unido á semejante hombre una mujer como aquella. Guardaba rencor al señor Eliphas y á la señora Mossler, á quienes acusaba de egoístas por haber sacrificado á Enriqueta al deseo de corregir á Valentín. La mujer de Federico le era profundamente simpática y había hecho una íntima amistad con su marido, pero jamás con uno ni con otro hablaba de la condesa. Su discreción era tan segura que hubiera muerto en el suplicio sin decir una palabra que pudiera comprometer á la que adoraba.

Su culto, por otra parte, era tan respetuoso, que la señora Mossler no le había notado y ninguno de los miembros del cenáculo había entrado en malicia. Creían natural que se amase á la condesa; todos ellos la amaban, desde Vignot, con su barba

blanca y sus ojos de éxtasis, hasta Ferraud, atildado y moderno en su elegante corrección. Fué precisa la intuición perversa de Valentín para descubrir la pasión en la asiduidad del coronel y algo también la instintiva antipatía de aquel inútil desocupado hacia un hombre laborioso y productivo. Sin hablarse sino lo menos posible; « buenas tardes », « buenas noches », se habían conocido y se odiaban mutuamente.

Hasta la aparición de Redel, Valentín tuvo por su mujer muchos miramientos. La engañaba, pero era encantador con ella; compensación tradicional que reciben las mujeres de los maridos infieles. Pero, bruscamente, cambió de modo de ser. Como si hiciera responsable á Enriqueta de los sentimientos que inspiraba al hombre execrado, la englobó en su odio á Redel. Este cambio coincidió justamente con el recrudecimiento de sus tentativas respecto de Celina y el capricho que le impulsaba hacia ésta acentuaba más y más la frialdad que manifestaba con su mujer. En el alejamiento de la vida de París la intensidad de esos sentimientos era apenas perceptible aun para los mismos interesados. Se veían una hora de vez en cuando y en los salones, terreno neutral, en el que los amigos hacían el efecto de un almoadillado, que impedía los rozamientos directos. Pero, tras de la primavera llegó el verano. La señora Mossler se marchó

á su posesión de la Chapelle-Sauvigny, cerca del bosque de Senart, á orilla del Sena, y próxima la temporada de la caza, invitó á todos los amigos de Valentín y de Enriqueta. Allí, puestos los unos en presencia de los otros, su hostilidad debía tomar un peligroso desarrollo.

El castillo de la Chapelle-Sauvigny, edificado por la señora de Pompadour, es una de las más lujosas moradas de los alrededores de París. Rodeado de un parque que forma el centro de una propiedad de tres mil hectáreas, se eleva en medio de suntuosos jardines, verdes y floridos, rodeado de terraplenes con artísticas escalinatas. Sus tres alas de edificio afectan la forma de una herradura y están ornadas de cornisas coronadas de balaustras y de frontones de piedra tallada.

Por bajo de la explanada principal hay un lago que comunica con el Sena y que está alimentado por manantiales. Unas blancas barquillas permiten abordar á una isla en cuyo centro un templete de columnas sirve de punto de vista, rodeado de un marco de follaje, y algunos cisnes nadan majestuosamente por aquel espejo encantado, en el que se reflejan las altas copas de los árboles seculares.

La señora Mossler era muy aficionada á aquella gran casa rodeada del silencio de vastos terrenos poco frecuentados. Tan cerca de París que se podía ir en coche, se estaba allí como en el fondo de la

provincia más lejana. Hasta que se casó su hijo adoptivo, la reina del oro pasaba solamente algunas semanas en aquella soledad, que agradaba á la naturaleza grave de su espíritu, y recibía allí á Eliphas y á uno ó dos amigos de Valentín á quienes éste convidaba en la temporada de caza. Con la joven condesa y su corte la animación sucedió prontamente á la melancolía. Aquellas vastas habitaciones se poblaron, las faldas claras animaron el verde de los bosques, antes desiertos, y la risa de la juventud hizo concurrencia al canto de los pájaros.

El tren de casa, en otro tiempo sencillo y poco en armonía con la magnificencia de aquellos lugares, se convirtió en brillante y bullicioso. Las cuerdas se poblaron de caballos, con su correspondiente tropa de mozos y cocheros, y los lacayos del conde de Contras fueron á asombrar con su cinismo á los cándidos servidores de la señora Mossler. Un jefe de cocina se instaló con sus cuatro pinches en las cocinas que sirvieron antaño para regalar al señor de Choiseul cuando iba á visitar á la favorita. Todas las mañanas iba á París un furgón con dos caballos para buscar las provisiones necesarias á la alimentación de los huéspedes de la señora Mossler, y ya es algo alimentar un ejército de glotonas con los manjares más succulentos. Satisfecha por tener á su alrededor aquellos alegres huéspe-

des, la señora Mossler puso la casa á la disposición de Valentín. Pero se reservó, sin embargo, algunas invitaciones y de este modo Redel, á pesar de la sorda hostilidad del dueño de la casa, pudo instalarse en la Chapelle-Sauvigny. La mujer de Federico era también de las invitadas por la señora Mossler. Su marido iba á París todas las mañanas á trabajar en sus negocios y regresaba por la noche. Ferraud estaba haciendo el retrato de la señora Mossler y Vignot componiendo, entre las columnas del templete, á la orilla del lago, la música de su oratorio la *Resurrección*. En cuanto á Valentín, se iba á París todos los días, en el *mail* ó en el faeton, después de almorzar, y no siempre volvía á comer. Á eso de las seis, el mayordomo sabía por teléfono si el dueño de la casa volvería ó no, y cualquiera de las dos cosas que sucediese las horas se deslizaban pacíficas y dichosas.

Si hubiera sido posible penetrar hasta el fondo de las conciencias, se hubiera acaso observado que Enriqueta estaba más tranquila cuando su marido no había vuelto y que los huéspedes miraban la ausencia del conde con sonriente filosofía, lo que probaba cuán poco había logrado captarse sus simpatías. Algunas veces, sin embargo, permanecía dos ó tres días sin moverse de la Chapelle y, para distraerse, organizaba expediciones á las que convidaba á los propietarios de los alrede-

dores. Y entonces empezaban las carreras furiosas por las calles del bosque, las regatas en el lago, las comedias improvisadas que nunca llegaban á representarse porque el anfitrión se volvía antes á París y suspendía los estudios ó daba contraorden en todos los proyectos según que tenía el humor alegre ó triste. Los días que se quedaba en el campo, se encerraba durante una hora con la señora Mossler, y la excelente mujer salía de esta conferencia con las facciones alteradas y pálida, como si acabara de sufrir una prueba terrible. Eliphas no abría la boca en todo el día y lanzaba miradas indignadas al conde, el cual no pensaba más que en divertirse y no tardaba en echar á correr hacia París.

Hacia fin de septiembre, después de uno de esos conciliábulos entre la señora Mossler y Valentín del que ambos interlocutores salieron, contra su costumbre, la madre grave y firme y el hijo abatido y alterado, el conde, presa de una especie de reacción nerviosa y como queriendo aturdirse, mandó preparar caballos para después de almorzar y dispuso una expedición en grupo á visitar los Camaldulenses de Saint-Frond, curiosa ruina del siglo XII, situada entre Senart y Brie-Comte-Robert. La señora Mossler no quiso ir y Eliphas, que parecía todo regocijado, pretextó que su correspondencia le retenía en la biblioteca. Enriqueta

pidió una carretela para ella y para Vignot; y Redel, Ferraud, Dauziat y la mujer de Federico montaron á caballo con el conde.

Celina tenía bonita figura como amazona y lo sabía. Ferraud era un jinete mediano, pero apasionado, y Redel aprovechaba la ocasión de hacer un poco de ejercicio violento y se proponía seguir al coche de la señora de Coutras. Valentín podía, pues, fácilmente, si quería, encontrarse á solas con la mujer de Federico, pero no parecía cuidarse de tal cosa. Empezó al trote el camino del bosque, á la cabeza de la cabalgata, detrás del coche de su mujer. Embebido en sus pensamientos y muy lúgubre, acertó poco á poco la marcha y se quedó detrás. Sus compañeros no quisieron, por política, que pareciese que le abandonaban y pusieron sus caballos al paso, á excepción de Redel y Ferraud que marchaban por los lados del camino á las portezuelas del coche. Dauziat hablaba con Celina, lo que ocupaba bastante á la joven para no inquietarse por la visible turbación de Valentín.

Al llegar al molino de Argentray, el coche tuvo que atravesar un arroyo. El agua apenas cubría los cascos de los caballos y el paso se verificó con comodidad, pero estando ya Dauziat casi al otro lado, el caballo de Celina se resistió á entrar en la corriente é hizo retroceder á la joven. Valentín, que la seguía, gritó á sus compañeros:

— Seguid ; no hay para qué exponerse á un baño de pies por este estúpido caballo. Á doscientos pasos de aquí hay un puentecillo. Nos reuniremos con ustedes en Argentray dentro de cinco minutos.

Y remontando la corriente, condujo á Celina á un puentecillo rústico que atravesaba el arroyo, á cuya orilla unos bueyes rumiaban pesadamente, echados sobre la verde hierba. Durante este trayecto Valentín no dirigió ni una palabra á su compañera y su frente preocupada y cargada de nubes indicó que continuaba su fastidio. Celina le seguía, inquieta por aquel mal humor y sintiendo á pesar suyo una profunda lástima hacia aquel hombre que, teniendo cuanto hace falta para ser feliz, parecía complacerse en ahuyentar la dicha.

Tenta grandes motivos de rencor hacia él, pero casi no se atrevía á confesarse que no los recordaba, hasta tal punto aquel hombre ejercía sobre ella un encanto no sospechado. Llegaron á Argentray sin que Valentín pareciera advertir que Celina iba detrás de él ; no había en él en aquel momento galantería ni casi educación. Alcanzaron el coche y el conde permaneció otra vez apartado y dejando rodar en su cabeza los más sombríos pensamientos. Cuando llegaron cerca de Saint-Frond el calor era tan fuerte, en aquel día de fin de septiembre, que Vignot pidió hacer alto bajo el emparrado de

una posada para beber y descansar. La condesa hizo sacar un cesto de provisiones que iba en la zaga del coche ; y mientras la moza de la posada ponía las botellas á refrescar en un cubo de agua de pozo, todo el mundo se aplicó al almuerzo improvisado. Ya comidos y bebidos y cuando Vignot se disponía, el cigarro en la boca, á disertar sobre estética musical, comparando las degradaciones de color de las nubes con los semitonos y cuartos de tono, dijo Ferraud :

— Pero ¿ y los Camaldulenses ? ¿ No vamos ya á visitarlos ? Me habían ustedes prometido una maravilla romana y me enseñan unas botellas vacías...

— ¿ Tiene usted empeño en ir ? preguntó Valentín, fastidiado por los discursos del viejo compositor.

— Sí, por cierto.

— ¿ Y usted, Dauziat ?

— Yo también.

— Entonces acompaño á ustedes, dijo Celina. La condesa se quedará con estos señores que no parecen dispuestos á moverse...

— ¡ Oh ! no, exclamó Vignot. Estos momentos están llenos de bemoles ; permanezcamos en éxtasis.

Los intrépidos montaron de nuevo y seguidos por un lacayo destinado á guardar los caballos, se

dirigieron, guiados por el conde, hacia una colina cubierta de árboles y en cuya cima estaban las ruinas. Llegaron en un cuarto de hora y subieron valientemente un abrupto sendero que les condujo á una puerta maciza que daba acceso al claustro. Los pilares tallados en que se dibujaban todavía cabezas de diosas, atestiguaban el origen romano del templo. El cristianismo, allí como en otros lugares sagrados, se había sobrepuesto al paganismo. Los dioses del Olimpo habían sido expulsados por el Salvador del mundo y los restos de los altares paganos habían servido para sustentar el tabernáculo.

Los jinetes echaron pie á tierra. Ferraud se sentó en un chapitel cubierto de musgo y se dispuso á dibujar. Dauziat pronunció algunas palabras de entusiasmo literario. Valentín y Celina quedaron absortos ante la vista maravillosa que ofrecía el país. La sombra del bosque de Senart ondulaba hasta el horizonte limitado por colinas violáceas. El Sena, bordeado de pueblecillos sembrados en las anchas llanuras, brillaba como una cinta de plata. Del camino próximo subían á través del aire tranquilo el chirrido de las ruedas de invisibles carretas y los penetrantes cascabeles de los caballos. Era aquella una soledad animada, encantadora y muy melancólica.

Al cabo de un instante de soñadora contempla-

ción, Valentín se separó y se puso á pasear por la colina, golpeándose las botas con el látigo y sin prestar la menor atención á su compañera. Después se sentó sobre el césped y estaba allí hacia algunos minutos con la cabeza baja y las facciones contraídas, cuando Celina se acercó á él. Entonces levantó los ojos con expresión de tristeza.

— ¿Qué tiene usted? preguntó la joven; desde que le conozco, esta es la primera vez que le veo tan aburrido.

Valentín respondió, no con su tono zumbón acostumbrado, sino muy dulcemente:

— Sí; tengo hoy una buena dosis de fastidio.

— ¿Negocios con la señora Mossler?

— Y muy serios.

— ¿No hace lo que usted quiere?

— No por completo.

— ¿Cuestión de dinero?

— Cuestión de dinero.

— Ella es muy generosa, sin embargo.

— Pero la predisponen contra mí.

— ¿Quién?

— Su suegro de usted.

Hubo un silencio. Era visible que Valentín tenía en los labios un río de impropiedades contra Eliphaz y que le contenía por respeto á Celina. Ésta se lo agradeció.

— ¿Qué diablos ha hecho usted para que no le basten los recursos de que dispone?

— ¡Qué sé yo! Atrocidades; sartas de burradas. Soy el animal más estúpido de ambos mundos cuando me pongo á serlo. Y hace ya dos meses que se me va la cabeza.

— El darse usted cuenta de ello es prueba de que se vuelve más juicioso.

Valentín respondió rudamente:

— No lo crea usted; no estoy absolutamente nada dispuesto á enmendarme.

— ¿Quiere usted, entonces, afligir á todos los suyos?

— ¿Qué les importa? Nadie me ama.

— ¿Está usted seguro de haber procurado que le amen?

— Bien sabe usted que eso no sirve de nada. ¿Ha visto usted alguna vez que se quiera á las personas por sus virtudes? Á los virtuosos se les insulta y se les desprecia. En este mundo vale más ser tigre que cordero; por lo menos se inspira temor.

— Triste privilegio el de hacer sufrir. ¿De modo que es usted malo? Yo le juzgaba ligero, pero bueno.

— ¿Qué sé yo lo que soy? Si hubiera sido pobre, si hubiera sido educado con dureza, como hubiera debido serlo después de la muerte de mi padre,

es probable que me hubiera hecho un joven honrado. Hubiera permanecido en el ejército y hecho allí mi carrera, pues no temo el peligro, no soy más negado que otro cualquiera y tengo un honroso nombre. Hubiera vivido para ascender; para ganar cruces y estrellas, y hubiera sido dichoso. En lugar de esto, he sido mimado como un príncipe, en medio de un lujo sin ejemplo y no teniendo más que concebir un deseo para que fuese realizado. He perdido muy pronto la satisfacción de desear antes de obtener, de soñar sin estar seguro de la realización de mi sueño. Me he estragado y las satisfacciones en que se funda la dicha del común de los mortales, no tienen ya atractivo para mí. El dinero ha perdido todo su valor; he tenido siempre la costumbre de arrojarlo á manos llenas. Cuando no tenía más, lo pedía y el manantial era inagotable. ¿Qué es lo que no se puede obtener, en el siglo en que vivimos, ofreciendo su precio? Todo se vende y es imposible, cuando se tiene mucho dinero, conservar ni una ilusión sobre nada. Así se llega al desprecio de los demás y de sí mismo, al hastío de todo, al escepticismo más completo...

— Usted no puede, sin embargo, dejar de conocer que la señora Mossler ha querido hacerle dichoso.

Valentín prorrumpió en una carcajada nerviosa.

— Ha querido, sobre todo, hacérselo á sí misma... Lo que necesitaba era un heredero... Asegurar la suerte de sus millones antes de todo...

— ¡Bah! Se los ha dado á usted...

— ¡Yo no se los pedía! Me ha dado gustos absurdos, necesidades imperiosas... y ahora me niega el poder satisfacerlas...

Celina movió la cabeza sonriendo.

— Vea usted el motivo de ese descontento; le han cortado los víveres por primera vez... ¿Qué ha hecho usted para merecer esa penitencia?

— Me acusan de que vivo mal, de que me aparto de mi mujer... Como si pudiera hacer otra cosa cuando es ella la que se separa de mí... Porque mi mujer no me ama. No soy de los que pueden agradarla; hay que tener para eso un gran talento ó un alma profunda y no es ese mi género. ¿Sabe usted lo que va á suceder si me dejan colgado enfrente de mis acreedores y sin poder pagarlos? Pues venderé mis caballos de carreras y con ese dinero me marcharé en mi yacht á dar la vuelta al mundo y dejaré plantados á mi mujer, á la señora Mossler, al tipo de Eliphaz y á todo el género humano... ¿Quiere usted venir conmigo?

— ¡Está usted loco!

— Creo que sí. Pero no es culpa mía; he nacido razonable.

— Vuelva usted á serlo.

— Es muy tarde.

— Con un poco de buena voluntad...

— Sería el único que la tuviera.

Su fisonomía había cambiado y ya no parecía desanimado y triste, sino exaltado y violento.

— ¡Nadie se ocupa seriamente de mí! Creen hábérme lo dado todo dándome la riqueza, y la riqueza no es nada; me doy cuenta de ello y la odio. Hay momentos en que querría agotar todos esos millones... pero es imposible; volverían á venir otros tantos de allá. Eso es como un estanque que se llena en cuanto se le vacía; no puede usted imaginar ese río de oro... Y por algunas miserables deudas tantas historias... Eliphaz tiene la culpa... Me odia.

Se levantó.

— Venga usted, andemos un poco, ¿quiere usted? Visitaremos las ruinas que no hemos hecho más que atravesar... ¿Dónde están Ferraud y Dauziat?

Los llamaron y, de lejos, Ferraud contestó que estaba dibujando y que Dauziat le había dejado hacía un instante. Valentín y Celina entraron en el claustro situado sobre el lugar que antes había ocupado la capilla. Una escalerilla de escalones